

El día de San Pedro.

Otra vez, mi querido Pedro, llegué a casa y vi que había perdido su visita. Lo sabe pronto lo he sentido. Hoy le decía Rebeca que estoy en cama, disfrutando de un resfriado bastante fuerte, pero que, gracias a Dios! nada tiene de taquicardia ni de angustia nerviosa: al lado de éstas, las demás enfermedades las hallo deliciosas. Lo sé que Ud. me entiende.

Pues ocurre que ayer mismo pasé dialogando mucho y casi disertando mentalmente con Ud.

Vi porque vi su nombre en la casi censura de la Sociedad de Escritores por el Premio Nacional. El voto, reglamentariamente, es inatacable; pero nadie como Ud. ha hablado de las circunstancias y el encadenamiento uni-

III / resado por lo que tiene de parado =
gilo. Es como una parodia o Erasmo =
sición literaria del Jesús o Barra =
pás, aunque González Vera sea Comunista
y el otro un correcto e inofensivo puro =
crata. II La Sociedad de Escritores prefie =
re a Barrabás, premia, elogia, exalta "In =
Fierro Gris" mientras al autor de "Alhucé"
lo repulea con los artículos de un regla =
mento. Perdoneme, mi querido amigo, es
lo más ridículo que yo venga a de =
cirle estas cosas en su día y como
agradecimiento por dos visitas que le
debo; pero estamos, felizmente, fuera
de l protocolo tanto bed. como yo
y, si no se las dijera, algo me que =
daría adentro, o se las diría a otro
que se las transmitiría a bed, quien

10/ sabe. No. Es mejor hablar. En todo
caso, discúlpame. Estaba de pasar
por una crisis tremenda. Estoy bien —
gracias al admirable Doctor Alejandro
Garretón, que me recomendó — pero
la perspectiva de que me fuese el
viaje a Europa por la maldita guerra
me descompone el ánimo. Necesitaba
desahogarme.

Que los demás le hayan lle-
vado la alegría y los votos de fe-
licidad en su día que yo no he
acertado a invocar debidamente son
los deseos de su viejo y fiel
amigo

Heriberto Díaz